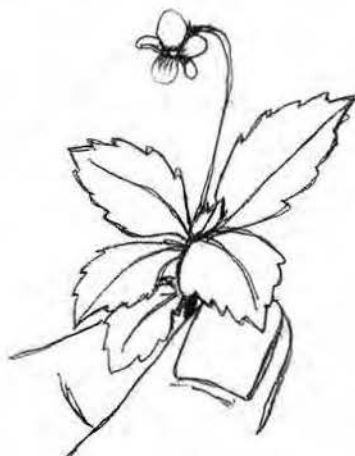


literatura: cuento, poesía, dramaturgia y novela.



Cada que aparece un nuevo libro siento un extraño vértigo y recuerdo las primeras frases del libro *Los demasiados libros*, de Gabriel Zaid: "Los libros se multiplican en proporción geométrica. Los lectores en proporción aritmética. De no frenarse la pasión por publicar, vamos hacia un mundo con más autores que lectores (...) Cada treinta segundos se publica un libro. Si nuestra pasión por escribir se desmadra, en un futuro próximo, habrá más gente escribiendo libros que leyéndolos".

Sospecho que ello ya está ocurriendo. Si consideramos la cantidad de blogs, la proliferación de portales de poetas, minicuentistas, ensayistas y todo tipo de nuevas experimentaciones literarias de autores del ciberespacio, que son en muchos casos los únicos visitantes de sus páginas, y los únicos lectores de sus libros virtuales, podríamos estar viviendo la otra utópica idea de un mundo con más escritores que lectores.

El libro objeto de esta reseña es el número uno de la colección: *El libro de las ausencias* de Jesús Antonio Álvarez, nacido en Bucaramanga en 1984.

Es una obra que contiene doce cuentos diversos y no hay en ellos, afortunadamente, ninguna unidad temática. El autor ha ganado varios concursos, algunos internacionales. A propósito de los concursos literarios, se podría decir algo similar a lo que ocurre con los libros: llegará el momento en el cual habrá más concursos que concursantes.

El libro de las ausencias es una exploración, y la primera colección de cuentos que publica el autor. En él es claro que existe una voluntad de experimentar, de arriesgar y, sobre todo, de aprender.

Es notable el cuento titulado "Cartas", que ensaya la forma de la correspondencia. En este caso hay una sola persona que escribe y un destinatario que no contesta, es una suerte de epístola no correspondida, una ironía sobre el amor y la vida.

En otro de los cuentos, una mujer aparece muerta un día después de su noche de bodas. Es un tema viejo como todos los de la literatura, pero el autor construye la trama y resuelve el crimen apoyado en la jurisprudencia literaria: en lo que se supone que hay que pensar: ¿No era virgen y el esposo la mató? ¿Por qué devolvieron los regalos? ¿Un suicidio? ¿Casarse era el último fin de su vida? No, nada de eso y todo esto.

En otro de los cuentos hay que vestir los espejos para que no pase lo que se teme. Para que algo aparezca, para que alguien temido no venga. La muerte, los agujeros y las creencias populares pueblan estas historias y producen una idea sobre lo que somos todos: ficción.



En estos cuentos los personajes y sus vidas están armados con las vestiduras de la ficción, la misma con la que está construida la vida. Ello permite que el humor conduzca el coche. Y permite pensar sobre lo absurdo de nuestros rituales, de la precaria forma de asumir la vida y de resolver nuestros dramas.

El final de cada cuento es abierto y en ellos parece existir el propósito

explícito de que el lector construya su propia historia y aventure su hipótesis. Así, de algún modo, nos quedamos en ellos.

El libro de las ausencias presenta a un autor en el comienzo de su marcha. Habrá que seguir esos pasos para ver si el talento latente en estas primeras historias se abrirá camino entre "los demasiados libros".

José Zuleta Ortiz

Del abuso y sus excesos

Quédate en la ventana

MARÍA ADELAIDA ECHEVERRI VILLA

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2010, 132 págs.

ES LO mínimo que debe esperarse de un libro, pero en este caso es necesario recalcar que el lenguaje empleado en cada uno de los relatos de *Quédate en la ventana* es uniforme, en el sentido de que no existen variaciones sustanciales en el léxico y en la estructura de la prosa que cimenta cada narración. De manera formal, los cuentos hacen gala de un lenguaje correcto que da cuenta tanto de la disciplina de María Adelaida Echeverri Villa, como de una eficiente labor editorial.

Afirma Jairo Morales Henao en la contracubierta que los personajes del libro "no pueden adscribirse a ninguna realidad histórica o geográfica con nombre propio —aunque sí a una época, la de hoy—. Sin embargo, en la lectura de los cuentos se evidencian indicios de un contexto geográfico que podría coincidir con alguna ciudad colombiana, aunque no sean directos: no se trata de menciones de lugares ciertos y notorios, sino de vagas alusiones que proyectan una atmósfera muy colombiana o, cuando menos, latinoamericana. Un ejemplo de esas alusiones lo conforman los nombres y apellidos de los personajes.

Es fácil colegir que sí le asiste la razón a Morales Henao cuando establece el contexto actual de los cuentos, pues los temas, los problemas y

las preocupaciones que plantea cada relato se entretujan en un escenario posmoderno.

Así las cosas, la uniformidad del discurso, el contexto geográfico común y la actualidad de los temas planteados permiten que los cuentos de la serie de Echeverri Villa estén absoluta y totalmente imbricados, pues tienen un denominador común y cierta homogeneidad. Corresponde en forma exclusiva al lector valorar si esos rasgos, que en suma se sintetizan en una cohesión literaria, constituyen virtudes o defectos del libro, pues cuando se trata de analizar un texto bajo un criterio estético puede decirse que la cohesión es un arma de doble filo, por cuanto por un lado aporta unidad y cabalidad de sentido a la literatura, mientras por otro, de manera eventual, puede entrañar el riesgo de caer en un abuso, tanto del lenguaje, como de los temas tratados.

Por otra parte, es una virtud de la autora que logre apartarse de las corrientes temáticas en boga hoy por hoy en el espectro literario nacional, pues no se inmiscuye en el tratamiento de las tediosas y recurrentes gestas narcoparamilitares que parecen obsesionar a muchos escritores (y lectores) que en la actualidad alimentan el acervo editorial colombiano. A pesar de ese feliz apartamiento, los ejes temáticos de *Quédate en la ventana* no se destacan por novedad alguna y de hecho podrían pasar por anticuados. Ahora bien, si, al decir de Jean Cocteau, la originalidad consiste en poner la cabeza sobre el lado frío de la almohada, los cuentos de María Adelaida Echeverri Villa son sin duda originales.

Los ejes temáticos, novedosos o no, son identificables con facilidad: el desamor, la infructuosa resistencia del individuo a conformarse con el estado de las cosas, la persistente monotonía de una vida urbana y resignada, cierta demencia que es signo y síntoma inequívoco de esa monotonía, la dificultad de la armonía en las relaciones humanas, de una u otra forma son temas que se amalgaman en uno solo: tedio existencial, del cual la prosa de este libro es un patente reflejo.

Durante la lectura se tiene, en ocasiones, la sensación de que la autora pretende hacer de lo más fútil algo trascendental, de lo anodino algo



entretenido, de lo insulso algo significativo. Infortunadamente, el lenguaje empleado no ayuda: como se dijo, a pesar de ser correcto no puede llamarse apropiado. Es un lenguaje sedante, afecto a catálogos interminables de emociones bien descritas en los que el argumento, en el sentido narrativo, se pierde:

Los recuerdos de las desgracias estarían ahora llegándole, sumándose al cartucho de tinta vacío, los dejaría juntarse y crecer para compadecerse: Sergio y su padre en primer plano, dándole la espalda, llenándola de rencores y soledades; también estaría ansiando sustitutos que le recomfortaran los días, aferrada al amor naciente hacia la perra que la miraba con sus ojos siempre tristes como si la entendiera.

En cierta medida puede decirse que las tramas de los diversos cuentos se componen más de emociones que de hechos. Los excesos barrocos del lenguaje pareciesen querer encubrir la precariedad del argumento. En una novela dicho exceso no resultaría grave, al menos no en la misma medida, porque tanto el autor, como el lector, cuentan con un espacio bastante amplio como para permitirse esparcimientos de cuando en cuando. El cuento, como forma literaria, es mucho más complejo: exige una completa atención por parte del autor y del lector y, sobre todo, un protagonismo claro de la acción. Cada vocablo es definitivo.

Los relatos de Echeverri Villa muestran la miseria sin disimulo. En su lectura se asiste a un auténtico *striptease* emocional que, al no

conseguir la eficacia necesaria en el género, resulta burdo. Falta cierta sutileza en el tratamiento de las emociones que cumplen en este caso el papel protagónico de los relatos. Casi podría afirmarse que los personajes que habitan los diversos cuentos de *Quédate en la ventana* son simples máscaras de un único protagonista: la estética de lo aburridamente triste. Un cuento de gran recordación en este punto es *Fue tan fácil*, que narra la génesis de un ladrón sin contemplaciones morales porque justifica su crimen tras los padecimientos físicos de su esposa Magdalena:

[...] sus huesos petrificándose mientras se miente con ungüentos y pomadas.

La situación del protagonista se agrava por una huelga en su empresa, la negación de un préstamo y el consecuente e inminente desalojo de su casa. Si bien el caso referido en el cuento no es inverosímil, en especial en Colombia o América Latina, esa verosimilitud en el señalamiento de una penosa realidad social no aporta en ninguna medida a la calidad narrativa. El exhibicionismo emotivo llega a ser tan fuerte, tan desgarradora e increíblemente triste, que se torna cómico.



No es imposible que la descripción exhaustiva sea un método estético válido, pero parece arriesgado pensar que la abundancia de descripciones de esa naturaleza, puede aumentar el mérito de una obra. Cuando el recurso descriptivo supera la abundancia y linda con el abuso y el exceso, puede alcanzar el límite en que se ponga en peligro la calidad literaria. (Desde

cierta óptica, aunque esto puede resultar un juicio en extremo sesgado, escribir buenas tragedias resulta más sencillo que escribir buenas comedias. En el mundo del cine ocurre el mismo fenómeno, de tal suerte que son pocos los directores que logran buenas comedias y muchos los que prosperan con la tragedia. Woody Allen podría inscribirse en el grupo minoritario).



En el libro reseñado se advierte también una profusión de referencias literarias. De nuevo, la abundancia linda con el exceso y queda la sensación de que las citas cumplen una función exhibicionista y publicitaria que en poco o en nada contribuye a darle calidad a los relatos. Parece obedecer a un afán, a lo mejor inconsciente, de mostrarse más culto que el lector para así captar su simpatía o, cuando menos, su respeto. Pero el respeto que se puede alcanzar con ello tiene corta envergadura.

Particularmente excesivo en materia de citas resulta *Cae el telón*, que podría con facilidad ser uno de los elementos rescatables de la serie de Echeverri Villa: aborda una existencia burguesa y monótona, marcada por el compás mecánico de una sociedad posindustrial, y la explora desde una óptica teatral muy atrayente. El cuento tiene varios párrafos afortunados y, en algún punto, a pesar de los interminables catálogos de emociones, el lector encuentra sosiego. Infortunadamente la autora incurre en el desliz de referir a Ionesco, Beckett, Camus, Brecht, Wilde, Ibsen, Molière, Sófocles y Esquilo, algunos de ellos incluso dos veces a lo largo del relato. La referencia literaria no está mal

por sí misma, pero es algo de lo que no debe abusarse. Por el resto de las narraciones desfilan Calvino, Stevenson, Cortázar y Ende, para no hablar de las referencias a Borges en "El gato en el alféizar" y en el cuento que da nombre a la colección.

Por último, puede decirse que *Quédate en la ventana* representa un esfuerzo válido dentro del mundo editorial, aunque no haya logrado un resultado sobresaliente. Tal vez el libro de Echeverri Villa no pase a la historia. No obstante, en el contexto cultural de nuestros días, plagado de vampiros adolescentes y de efigies heroicas de Pablo Escobar, de obsesiones colectivas por la comunicación a cualquier costo y de digitalización del libro, cuentos como los de Echeverri Villa contribuyen a preservar algo del pasado.

Samuel Baena Carrillo

Cuando los colores rescatan la nada

Los escogidos

PATRICIA NIETO

Sílaba Editores, Colección Letras vivas, Alcaldía de Medellín, Medellín, 2012, 110 págs.

POR SU concisión, intensidad, delicadeza poética y fuerza emotiva para mirar cara a cara al horror este libro de crónicas de Patricia Nieto, profesora asociada de la Universidad de Antioquia, es una lección de periodismo.

De oído que escucha historias, sobre todo en Puerto Berrío, pero también de todo el río Magdalena. Los muertos anónimos que este arrastra. Según uno de los personajes, Francisco Luis Mesa Buriticá, "todos los días veinticinco cuerpos caen al río como a una fosa común" (pág. 37).

"En veinticuatro años como propietario de la Funeraria San Judas, Pacho dice haber puesto sus manos sobre 786 cuerpos de personas sin identidad conocida" (pág. 32). Porque caseríos pequeños y pueblos grandes como Neiva, Natagaima, Espinal, Girardot, Puerto Salgar, La Dorada, Puerto Triunfo, Puerto Boyacá,

Puerto Berrío, desde 1991, por lo menos, han convertido el río en su cementerio, que fluye y esconde, para arrojar allí los cadáveres de gente degollada, descuartizada, fusilada, acuchillada o fueteadada con cables cargados de energía. Son las víctimas de todas las violencias políticas y sociales, provengan del ELN o las FARC, del MAS (Muerte a Secuestradores), auspiciado por Pablo Escobar, de las Convivir o las Autodefensas Unidas de Colombia, del narcotráfico o de los barones legalizados del robo de tierra. Por ello, Mesa Buriticá dice que "ha enterrado a veinticuatro comandantes paramilitares y a cinco jefes de las Convivir".

Solo que esa cultura de la muerte ha forjado ritos y exorcismos para recobrar la paz. Los anónimos obtienen nombres sorprendentes —Nevardo Nevado, Narciso Nanclares, Narena Navarro— y los huérfanos de todo doliente obtienen en su anonimato las visitas piadosas de quienes los recuerdan sin haberlos conocido (madre e hija, por ejemplo), los bautizan, les pintan de colores las lápidas y los escogen como suyos. Si nada tienen, bien pueden tener un muerto propio al cual llevarle de vez en cuando una flor de plástico, en ese pabellón de caridad del cementerio. Donde la gente que ansía un N.N. aguarda paciente para prestarle su apellido, "prometerle favores a cambio de ayuda, y cumplirle cada promesa a tiempo y con precisión" (pág. 46). Seres en tránsito que intercomunican los mundos y ven aliviadas las penas, de parte y parte. Pues los colores de agua-cal con que los honran y distinguen no son, ni mucho menos, blanco, negro

